

# *La compasión, su preciado tesoro*

NARRADOR: ROBERT THURMAN

TAL VEZ FUERA LA MAJESTAD DEL PAISAJE MISMO: LA MÁS grande y la más alta planicie de la tierra, bordeada por los picos más altos del planeta. Durante siglos, el Tibet ha sido conocido como «el techo del mundo». Su amable gente se convirtió en un símbolo de inspiración debido a su talento místico para encontrar la dimensión sagrada en la vida cotidiana. La rica cultura, espiritualidad e idioma de este país de nieves eran de una belleza singular.

Luego, en 1950, se produjo la invasión de las tropas de China. La ocupación no tardó en convertirse en una campaña para erradicar la identidad tibetana. El idioma local fue prohibido y todos los aspectos de la cultura tibetana quedaron rígidamente suprimidos. El culto se ilegalizó, y casi todos los monasterios y lugares sagrados fueron destruidos. Los tibetanos que continuaron practicando su propia religión fueron torturados o asesinados. Por casi cincuenta años el mundo guardó silencio mientras ocurría el genocidio del Tibet.

El líder del Tibet, el decimocuarto Dalai Lama, que se llamó al nacer Tenzin Gyatso, fue obligado a abandonar el país en 1959 junto con miles de sus seguidores. Él estableció un gobierno tibetano en el exilio en Dharmasala, India, y desde entonces ha trabajado diligentemente para preservar las artes, las escrituras y la medicina tibetanas. Para millones de personas de todas las fes y de todas partes del mundo, el Dalai Lama se ha convertido en una inspiración.

Con su profunda sabiduría y compasión, él libra una lucha no violenta para recuperar su patria.

El año 1985 fue testigo de una extraordinaria experiencia entre este líder espiritual y su pueblo. Doscientos mil tibetanos se arriesgaron a hacer el arduo viaje por las montañas hasta Bodgaya, India, la meca de los budistas tibetanos, para celebrar una de sus ceremonias más sagradas, la iniciación kalachakra. Para asegurar su pronto regreso, el gobierno chino mantuvo a las familias de los peregrinos como virtuales rehenes.

Para muchos, sería la primera vez que verían a Su Santidad, el Dalai Lama, un momento que habían anhelado durante toda su vida. Pastores de yak, zapateros, peones —gente que había sido víctima de inenarrables horrores y violencia— habían soportado aún más privaciones para mantener este compromiso sagrado. Los autobuses estaban sobrecargados y los caminos eran traicioneros. La policía nepalesa e india a lo largo de la ruta obligó a los viajeros a pagar peajes ilegales. Pero después de días de un viaje agotador, llegaron finalmente para ver y oír al Dalai Lama.

La tarea ante Tenzin Gyatso parecía insuperable. Sabía que debía hablarle a su pueblo sobre de las enseñanzas budistas de la tolerancia y la compasión para sus enemigos. No obstante, estaba muy consciente de que les estaba hablando a personas que habían sido torturadas, que habían presenciado las violaciones y mutilaciones de sus familias, y que habían pasado largo años en horribles prisiones. Al sentarse cerca de su pueblo, uno casi podía sentir el propio corazón del Dalai Lama abierto de par en par. Él les imploró a los presentes que respondieran a sus enemigos sin violencia y sin odio. Les pidió que encontraran compasión para sus opresores y que vencieran sus instintos de repostar.

Reconoció que sus familias habían sido violadas y que su tierra, su vida, su país y su religión les habían sido arrebatada. Sin embargo, les suplicó que emplearan sus sufrimientos como un aliciente para vencer cualesquiera tendencias vengativas, odiosas o destructivas dentro de sí mismos.

«No estoy sugiriendo que la repriman, sino que usen esa energía del guerrero y se protejan de llegar encolerizarse y a vengarse del enemigo. Tengan cuidado de no descender al nivel del enemigo torturando, matando o siendo violentos con alguien», insistió.

«Esta es una guerra, pero es una guerra interna. Puede parecer que el mundo nos ha olvidado, permitiendo que los chinos nos hicieran esto. Pero podemos ganar la guerra si vencemos completamente a nuestro enemigo interno. Si libramos esta guerra contra nuestros instintos naturales de venganza, y vencemos el egoísmo vengativo que tenemos dentro de nosotros, entonces habremos logrado algo muy singular. Entonces el mundo tendrá que reconocer nuestra firmeza contra el ciclo interminable de la violencia. El mundo entonces se ocupará de que haya justicia. Pero debe hacerse sin venganza contra los chinos».

Mientras hablaba, el Dalai Lama, normalmente sereno y calmo, lloraba abiertamente. Y así también la mayoría de las doscientas mil personas reunidas ante él. Uno podía ver el conflicto en los rostros de los niños y los adolescentes. Ellos no sabían si creerle o no a este hombre. Los chinos se habían esforzado en enemistarles con él y sus enseñanzas, pero el Dalai Lama les había tocado tiernamente con la franqueza de su corazón y un mensaje de amor y compasión, cuya sabiduría terminaron por aceptar.

Cuando los peregrinos regresaron a su país, era como si Su Santidad estuviera enviando un ejercito de guerrille-

ros de vuelta al Tibet. Esta guerra era para vencerse a sí mismos, para batallar en sus propios corazones. Fue asombroso ver a esta multitud encolerizada interiorizar de toda corazón sus mayores aspiraciones, dándole un significado nuevo y trascendente al sagrado camino del guerrero.

Cuatro años después de esta asombrosa escena, el Dalai Lama recibió el Premio Nobel de Paz. En su discurso de aceptación, reafirmó su creencia en la senda de la tolerancia y la compasión.

«Acepto el premio con profunda gratitud en nombre de los oprimidos de todas partes, de todos los que luchan por la libertad y trabajan por la paz del mundo. Lo acepto como un tributo al hombre que fundó la tradición moderna de la acción no violenta para el cambio, Mahatma Gandhi, cuya vida me enseñó y me inspiró. Y por supuesto, lo acepto en nombre de los seis millones de tibetanos, mis valientes compatriotas dentro del Tibet, que han sufrido y siguen sufriendo tanto».

Y prosiguió: «Ellos se enfrentan a una estrategia calculada y sistemática dirigida a la destrucción de su identidad nacional y cultural. El premio reafirma nuestra convicción de que con la verdad, el valor y la determinación como nuestras armas, el Tibet será liberado».

La lucha de los tibetanos ha tocado los corazones de la gente común de todo el mundo. Cada año que pasa, ellos ganan mayor reconocimiento y apoyo. En la carrera por la justicia social, los pequeños pasos llevan a veces a inesperados saltos de progreso. Recientemente, la Compañía Walt Disney rechazó la coacción de los líderes chinos para suprimir el estreno de *Kundun*, una película de Martin Scorsese que cuenta la historia del Dalai Lama. Por tener el valor moral de contar la historia del pueblo tibetano,

Disney influirá en la historia de un modo que otros líderes han estado renuentes a hacer.

El pueblo tibetano tiene algo más que una rica herencia cultural. Tienen un singular tesoro con el poder potencial de transformar al mundo. Su preciado secreto para trascender la violencia mediante la compasión puede ser el más preciado de todos sus tesoros.

*El amor y la compasión son las bases  
de la esperanza y la determinación.*

SU SANTIDAD, EL DALAI LAMA XIV

Si quiere ayudar al pueblo tibetano a preservar la preciada civilización del Tibet, llame a la **Casa Tibetana (Tibetan House)**, la organización cultural oficial del Dalai Lama en Estados Unidos, al 212-213-5592, o diríjase por escrito al 22 West 15th Street, New York, NY 10011 para solicitar sus materiales de inscripción. Ore por la paz y anide compasión en su corazón.